

V CERTAMEN

2.º Premio • Año 2003

El Secreto

Gema Cacho Regalado

“Una verdad sin interés
debe ser eclipsada por una
falsedad emocionante”

Aldoux Huxley

1

Me inclino tembloroso a la caja y ahí está: mi abuelo tieso como un palo. Quieto y feliz como él solo, como si supiera que madre ha cumplido la petición de su última voluntad, y luce frío, vestido de corinto y oro.

El asombro en el velatorio es general y se suceden los pésames entre comentarios sobre lo guapetón que está, lo valiente que fue. “Acércate, mírale, si parece dormido”. Justina no suelta el pañuelo, y una vez más le ha estirado la chaquetilla que parece quedarle algo pequeña, después ha dejado entre sus manos una amarillenta estampa de la Virgen de las Cumbres.

Al otro lado de la sala las mujeres han hecho un corro, se informan unas a otras del trágico final y todos sus misterios. -¡A sus años!, ¿cómo se le ocurre ponerse delante de un bicho de esos? -Mujer, lo llevaba en la sangre, murió como quiso, de una gran corná.

Todo el pueblo y alrededores sabía ya -puesto que la imaginación agranda los misterios- que el abuelo había hecho una locura, una faena nocturna y solitaria en la finca de Rodasviejas. El Alcalde, con voz baja, nana cómo el morlaco respondía a las verónicas y chicuelinas del

abuelo, Don Eusebio asiente; el párroco de Barbadillo alaba su gallardía y lamenta la mala suerte, que por un despiste del anciano, el animal con toda su bravura y trapío le clavara las frías astas. Que sí había sido un maestro ligando suavemente los pases; que si no era un novillo, sino un bicho de media tonelá y bien armao, que si los pases de pecho...

Y yo allí, atontado por el aroma sagrado de las velas y las historias, cada vez más aumentadas, sobre la última noche de mi abuelo; que bien se las merecía. Ahora era el torero triunfador que soñó, artista con los astados y el matador charro con mejor porte de todos los tiempos.

No iba a quitarle esa gloria tardía, así que decidí callar y no contar nada. Como él, me llevaría conmigo el secreto.

2

Como cada noche, recorría el trayecto de la fábrica de hielo a casa, apenas con luz y apenas con ganas. Hace un año que empecé a trabajar ahí. -¡Espabíleme al chico. Don Eusebio, a ver si se le quitan de la cabeza tantos pájaros! -Tantos pájaros y tantos toros dirás, que ha salido a su abuelo el chaval.

Y no sé si espabilé, pero he cargado cada día con cientos de kilos de hielo, y buena prisa me doy en cargarlo en el carro y pedalear como un loco allá donde Don Eusebio me dice. Muchos trayectos y pocas perras: pero que igual me da a mí, porque a eso de las siete de la

tarde ya no hay ningún encargo, y Don Eusebio se va para Robliza. Es entonces cuando en el cuarto trasero de la fábrica y sacando pecho, llevaba el arte en un trapo encarnado. Sentía la embestida de mi toro imaginario y yo le respondía con lances aún torpes pero certeros. Y llamaba al bravo, levantando la cabeza al tiempo que giraba e imaginaba que ofrecía mi espalda a su cornamenta. Después, con la vara de partir el hielo como espada, y escondida bajo el trapo, me preparaba para darle muerte. La estocada la recibía la papelera, pero en mi cabeza yo hundía el acero en la cerviz azabache del toro.

Al llegar a casa, entraba triunfante y el olor a torrezno envolvía la sala, donde mi padre esperaba la cena sentado en su tajo y recostado sobre la pared; mientras, mi hermana Justina escogía las lentejas sobre el hule y de vez en cuando daba alguna cabezada. Madre, acabando en la cocina.

Una vez en la mesa, con las manos enlazadas y aguzado el oído atendíamos a mi padre al bendecir los alimentos. La oración me la sabía al dedillo, pero era pura inercia. Después del Amén, mi madre repartía los garbanzos del puchero, y bien mal que lo hacía, porque siempre se veía gran parte del hondón de su plato. Sin embargo, mi padre se enfrascaba en la tarea de destripar buenas raciones de tocino en el pan y por suerte ya no quedaba farinato de la última matanza; aquella noche no hubiera soportado ver como resbalaba la grasa rojiza por sus sabañones.

-Madre ¿y el abuelo?

-En el tejado, allí sentaíto, no sé, no sé este hombre...

Bien sabía yo que el abuelo había subido al tejado, lo hacía cada noche, casi desde siempre. Y desde siempre yo le llevaba la cena hasta allá arriba, para luego quedarnos los dos embobados las horas muertas, mirando las fincas salpicadas de becerros nobles y orgullosos de casta.

-Tome, abuelo, un cacho de morcón. Y no se me añusgue.

-Mira, hijo -y me señalaba más allá del sembrado-peceños y berrendos, retintos y jaboneros, ¡cagüen, qué despreocupaos!

Éramos dos hambrientos de toreo y suspirábamos por una capea o por mezclarnos con los bichos en las fincas de amajo y espiguilla. El abuelo, de mozo había sido maletilla, incluso no sólo llegó a conocer a Manolete, sino que éste le regaló un traje corinto y oro. Más tarde, y a base de guantás de su padre se le fueron calmando las ganas, pero nunca del todo. Yo en cambio le animaba a que hiciéranos una lidia nocturna y clandestina en la finca que sólo observábamos desde el tejado, la finca de Rodasviejas. Se lo decía una y otra vez, porque ya estaba harto de torear sillas con el mandil y de "matar" pape-leras o bloques de hielo.

Aquella noche, mis padres y Justina se habían ido para Salamanca. Yo había hecho más de doce encargos de hielo y había estado liado hasta bien pasadas las ocho de la tarde, porque Don Eusebio se había quedado. Así que llegué deseoso de disfrutar con el abuelo de la visión

de los astados desde el tejado.

-Abuelo, tome una manta, que el frío charro no perdona!

No sólo había llevado la manta; aprovechando la ausencia de mis padres, me había subido al escaño para alcanzar las vigas negras del techo, que cuidaban de mi capote y mi espada amortiguada de golpes y virgen de estocadas. Muchos hielos transportados para conseguirlo. Y esa noche quería estrenarlo.

-¡Pallá voy, abuelo! -y bajé, pasé de largo la casa, bordeé los laterales del corral y tras unos metros más, me escurrí bajo los alambres roñosos que separaban los huertos de las fincas.

En la inmensidad oscura solo oía mis latidos y sentía acompasadas leves palpitaciones en las sienas. Él ya me estaba observando, un gran becerro mohino y bien armado. Con el capote en la mano, salté el cerco y comenzó el encuentro suave y lento en los terrenos yerros de los mayores.

Sin temer desplantes y con el capote frente a mi cuerpo, incité al negro, que con fuerza en la arrancada me hizo notar cómo sus frías astas pasaban por mis muslos. Pero tras aclarar las distancias, pronto el morlaco fue a mi terreno, dejando a la noche y a mí más seguros.

Allá, en el tejado, mi abuelo me seguía con la mirada, cómo traía y llevaba al toro. Pero sé que en su cabeza eran los pasodobles y los gritos del albero los que acompañaban mi contacto con el animal. Sabía que mi

abuelo no me veía con una pelliza, sino con una chaqueta tabaco y plata bajo un sol de un abril imaginado.

El silencio se quebraba con inacabables bramidos del toro y los fieros ánimos del abuelo; al tiempo que yo iba necesitando cambiar el igual a igual, en aquella lidia nocturna, por la demostración de un poder. Brindé el momento a la luna y a mi abuelo, que se había puesto en pie sobre las tejas. Entonces me perfilé con miedo en el acero, y sin un tiempo, pero con distancia y rápido arranque, llegó el momento de hundir mi novel espada en la tierna testuz del animal.

En un segundo sonó un tremendo golpe, y vi que en lo alto del tejado mi abuelo ya no estaba. Entre los bufidos del morlaco volví a saltar el cerco y eché a correr hacia la casa. El panorama era desolador, envuelto en la manta había ido a caer sobre la puya acerada de la garrocha, que se iba tiñendo de sangre.

Entré con él en brazos y permanecí junto a su cama hasta la mañana siguiente; nadie me preguntó. -¡Dios mío!, ¡pero que bobá ha hecho, padre! -¡Santo cielo, torear con una manta a su edad!

3

Nunca toreó en la Glorieta, ni en la Maestranza; no saboreó tardes de San Isidro en las Ventas, ni en Bilbao, ni en Valencia. Había tenido su propio estilo, carácter y planta, pero en las esquinas no hubo carteles con su nombre. Ni clarines, ni aplausos, ni danzas en la arena tintada de peligro.

Pero el pueblo entero y parte de la provincia salmantina creen que tuvo su gloria tardía, que un anciano envalentonado, con una manta colorá, lidió frente a frente con un toro enorme, mostrándole todo el engaño y haciéndose con él; hasta que la noche y la luna cambió las suertes, y el abuelo fue atravesado por la gran cornamenta del bicho. Todos dicen que le hubieran dado las dos orejas.

Sí así lo creen, el abuelo así lo hizo. No soy quien para replicar a nadie.